

● René Arrieta Pérez

El leve vuelo de las mariposas



d. lora c. 15

EL LEVE VUELO DE LAS MARIPOSAS



RENÉ ARRIETA PÉREZ

El leve vuelo de las mariposas

Autor: René Arrieta Pérez

Primera Edición

ISBN: 978 958 8736 88 4

Rector:

Édgar Parra Chacón

Vicerrector de Docencia:

Federico Gallego Vásquez

Vicerrector de Investigación:

Jesús Olivero Verbel

Vicerrector Administrativo:

Orlando Alvear Tristancho

Secretaria General:

Marly Mardini Llamas

C861.6 / A694

Arrieta Pérez, René

El leve vuelo de las mariposas / René Arrieta Pérez; Freddy Badran Padauí, editor --

Cartagena de Indias: Editorial Universitaria, c2016

59 páginas.

Contiene imágenes.

ISBN 978 958 8736 88 4

1. Poesía colombiana 2. Literatura colombiana I. Badran Padauí, Freddy, Ed.

CEP: Universidad de Cartagena. Centro de Información y Documentación José Fernández de Madrid.

Editor: Freddy Badrán Padauí, Jefe de Sección de Publicaciones

Universidad de Cartagena

Diseño de Portada: Jorge Barrios Alcalá

Ilustración Portada: Dalmiro Lora

Foto Solapa: Tony Arévalo

Diagramación: Alpha Editores

Derechos

©

Editorial Universitaria, Centro, Calle de la Universidad, Cra. 6, N° 36-100,
Claustro de San Agustín, primer piso
Cartagena de Indias, 2016

*Despierta, despierta
Te tomo como amiga
Mariposa.*

Masuo Basho
(Trad. Francisco F. Villalba)

*Hay mariposas
Por donde van las niñas,
Detrás, delante,*

Chiio.
(Trad. Antonio Cabezas)

*Van tocando en las flores el teclado de su impaciencia.
Y con que desengaño se quedan en la flor que ha esperado
la caricia de una mariposa y ve que no se fija en ella! (...)*

*(...) Parecen mirar por los grandes ojos de sus alas —de pequeños
nos creíamos mirados por esos hermosos ojos—, pero esos ojos son
los ojos miopes y falsos, creación de su coquetería, ojera de sus alas.*

Ramón Gómez de la Serna.

*Las chicas de flores, tienen los ojos dulces,
como las almendras azucaradas de la confitería del molino,
y usan moños de seda que les liban las nalgas
en un aleteo de mariposas.*

Oliverio Girondo.

*A Jaime
a Natividad,
mis padres y a Albeiro Mendoza,
mi sobrino -sacerdote-
que ya no están
porque emprendieron su leve vuelo a otros parajes.*

El leve vuelo de las mariposas o la caligrafía del viento

“Pensar lógicamente es abolir el tiempo, suponer que no existe”, escribía hace más de ochenta años el sevillano Antonio Machado. “Pero al poeta no le es dado pensar fuera del tiempo, porque piensa su propia vida que no es, fuera del tiempo, absolutamente nada”. De ahí que para el autor de *Soledades* (1903) y *Campos de Castilla* (1912) sean dos los imperativos que acechan al poeta, al menos desde los tempestuosos días de Edgar Allan Poe: esencialidad y temporalidad. ¿Cómo atrapar la inaprensible onda del río de Heráclito sin destruir su vivo dinamismo o renunciar a su fina incertidumbre? ¿Cómo romper las fronteras del mundo sin abandonar sus espléndidos y ruinosos fragmentos?

El leve vuelo de las mariposas, de René Arrieta, celebra la tensión de una palabra que persigue sus propias fronteras, que busca la apertura sensorial como puente hacia un posible absoluto —suerte de cotidiana alquimia o de biológico misticismo—, sin desdeñar lo carnal y cotidiano, lo prosaico y oscuro del oficio de vivir, más bien acogéndolo con asombro y elemental alegría. He aquí cuarenta y un poemas que, como fractales, se ramifican y duplican, reiterándose y oponiéndose, desbordándose hacia un interior que se encuentra en el mundo externo de las formas, y cuyo símbolo propiciatorio es la mariposa cantada en otras tardes por Petrarca, Tansillo y Tasso, por Gutierre de Cetina y Lorca. O por Nabokov en su lecho de muerte. “No es improbable”, afirmaba el escritor de *Ada o el ardor* (1969), “que, de no haberse producido la revolución rusa me hubiese dedicado exclusivamente a los lepidópteros y nunca hubiese escrito una novela”.

Con *El leve vuelo de las mariposas*, asistimos a una geometría soñada del vuelo, que puede leerse como *un* solo poema o como las variaciones de un tema musical, semejante a las heterogéneas sombras que proyecta el sol durante el día sobre los muros de la iglesia que colorea el impresionista. Hay en sus versos una pregunta por la realidad más allá de los nombres, antes de los nombres, *a pesar* de los nombres, por su densidad orgánica y su policromía verbal —como ocurre con el cronista de Indias: mucha es “la abundancia y escasas las palabras” para cantar el mundo (VII)—. Hay una continua pulsión entre lo que muda y lo que permanece, entre el caos y el límite; entre lo que no es, pero por no serlo, está siendo siempre: “El caos inexorable del universo/ declara su metáfora (...) el orden oculto, el

oculto orden” (XI). Y con no menor intensidad, está el fuego: su dialéctica de luz y de sombras. De día y de noche. Lo femenino desencarnado –transubstancializado en fuego–, candente *farfalla* o nocturna polilla que devora la seda.

Desde esta ambivalencia, el poeta, como quien vuelve sus pasos en el tiempo – porque el recuerdo de los primeros años de la infancia pervive en cada página–, busca no el raptó que destruya el vuelo, ni el vuelo incesante que impida la reflexión, sino el instante del “milagro”. Paradoja que no se desdice, que no renuncia a nada, sino que se entrega, exultante, a la tentación del todo. Pero, como bien escribiera Marguerite Yourcenar, “nada prueba más nuestra desgracia que nuestra desesperada necesidad de felicidad”. El poeta de *El leve vuelo de las mariposas* celebra la vida y sus múltiples transfiguraciones desde un presente – apenas intuido, aludido– que se padece como burdo y desencantado. Intenta ordenar un universo caótico, con ciudades cubiertas de humo, densas de chimeneas y polígonos industriales.

Ya extintos los días en que los cuerpos infantiles “se sudaban y se/ tostaban plenos al sol”, el “tiempo de libertad y de sueño” es ocupado por uno doloroso, opuesto a la ingeniería onírica del viento. Y sin embargo, el poeta debe cantar, con alegría franciscana y voluntad órfica, haciendo habitable una vez más el mundo, reverdeciendo el prado e intentando una nueva y elemental cosmogonía. De ahí que estos poemas también puedan leerse como una “historia” imaginada de las mariposas o como una caligrafía de su vuelo, que recorre las costas de la Antigüedad, perdidas bajo el fuego, los cálidos jardines de Iberia, los bosques de crucerías y tímpanos de la Edad Media y el Renacimiento, las ciudades de los pintores modernos y los mundos allende el Mar de los Navegantes, en los que el poeta habita y a los que siempre vuelve. Ese incesante encuentro que desde hace milenios viene ocurriendo entre Oriente y Occidente. Así las mariposas de esta historia –pese a la conjeturable inexistencia de un orden que redima el tiempo secular– fulguran como una constante de lo indecible, como centro posible del tiempo.

Mariposas, falenas, polillas y esfinges quieren ser umbral, puente de una trascendencia susceptible de ser representada sin derrotarse en su traducción aérea. Intuiciones de lo sagrado, sanadoras del tiempo y de la historia, múltiples y multiplicadoras del ser. En definitiva, mensajeras de nosotros mismos. Las mariposas de René Arrieta nos hablan de la dicha y de la precariedad de los días. Gracias a su contemplación, el poeta puede soñar, presentir atisbos que detengan,

por un momento, el ritmo inacabable de la muerte, suspendiendo el poema entre el vuelo congelado por el taxidermista y el vuelo dinámico y pluriestacionario que escapa al cazador. Y es que el cielo de las mariposas –a diferencia del cielo de las aves– no es el de las alturas lejanas, sino el de la seducción terrestre, meridiana, que ama las cosas que duran un día. Como si las mariposas, con sus finos alfileres, impidieran la precipitación de la tierra.

Esta sabiduría del poemario no podría alcanzarse de otro modo más que mediante una comunión con la materialidad de las palabras –más allá de la confianza o escepticismo sobre sus posibilidades expresivas, incluso más allá de una desnuda mística, que hundiría al verso en los inefables reinos del silencio–: el poeta necesita una *caligrafía* personal. Una arquitectura del vuelo. Y ahí están sus juegos, sus rituales, sus ceremonias verbales suscitadas por el mundo contemplado. Como en los bosques de símbolos de Swedenborg o de Baudelaire, lo mueven “las inmensas razones/ y sentidos que encierran las sagradas geometrías. Respuestas y razones/ que apenas intuye el poeta, que nunca se revelan en el espejo de una cisterna// El bufido en la pradera, el chillido en la espesura de la selva, el gorjeo/ en la copa de los árboles”. Todo lo que nos alerta de “una profunda presencia” (XXXV).

El poeta, calígrafo del viento, reacomoda un lenguaje acostumbrado al olvido, ensanchando sus sentidos bajo nuevas reglas y encontrando “la sustantiva historia, hecha/ de pequeñas y grandes historias”; metaforizando lo uno y lo múltiple, los opuestos y la paradoja, las correspondencias y repeticiones que diagraman un mapa sin puntos cardinales fijos, ya que la “naturaleza se repite/ en el aire o en el agua./(...) en las entrañas de la tierra/ y en el incandescente fuego” (XX). Estremecido y deslumbrado, el poeta alcanza una ética del *ver*, una erótica de la visión: “El esplendor es siempre esplendor/ aunque pequeño o grande” (XIII). Pero para que ello fuera posible, para que siga siéndolo, ha amado cada fimbria, espíritu y matiz de las fulgurantes, de las deseadas, cada movimiento de sus alas, de su recogimiento y expansión, despojándose de sí mismo y reencontrándose en lo contemplado. Porque más que un recorrido por la existencia inmaterial u orgánica del mundo, *El leve vuelo de las mariposas* es una ofrenda, una canción temporal y esencial a las fábulas que sostienen el universo.

Emiro Santos García
Universidad de Cartagena

I

En el Sanctuarium
mariposas de fuego salían
de la boca del hierofante.
Los símbolos rodeando el ara,
la cruz, el triángulo, el oro alquímico.
Suspenso el vuelo, la polícroma
mariposa
ofrenda a Melquizedech
sus colores:
rojo, intenso fuego;
azul, bóveda celeste;
violeta, Divinidad Suprema;
blanco, síntesis.
Y el ciclo vital del lepidóptero:
huevo, oruga, crisálida...
La ascensión, el vuelo.
Las alas cubren al Jardín Filosófico.

II

En la casa,
cuando nuestras vidas eran
niñez y corro
las mariposas aparecían
en los cuartos y en la sala,
las mariposas creadas en el juego de jitanjáforas
de Fanny y Martha, mis hermanas,
o las que provenían del patio.
Algunas eran absorbidas por la luz,
otras escapaban por las ventanas,
muchas eran atrapadas por mis redes
de asiduo cazador,
las noctuidas eran atrapadas con trampas luminosas,
a las más ágiles les preparaba ligamaza
que colocaba en las macetas de mi madre,
luego a todas las trasladaba a mi pequeño
bestiario, clasificadas por pintas y colores,
les ponía nombres de la tragedia griega
o nombres de compañeras de colegio
o amigas de mi barrio.
Así se clausuraba la infancia,
con un mundo de mariposas;
las de fortuna, libres; y otras, cautivas, infortunadas.

III

Al tiempo se ofrenda
el vuelo congelado que supuso
el taxidermista, distinto al tiempo
dinámico, pluriestacionario.
El entomólogo inglés advierte el espacio
donde se cifra el tiempo asordinado
y su alfiler precisa las exactas coordenadas.
El discurrir de minutos y horas
se acelera, y en torbellinos veloces
se centrífuga el tiempo
cuando el cazador de mariposas
lanza sus redes al aire.
En su tiempo de plenitud
baten ingrávidas, hermosas y tornasoladas alas,
que a su paso contempla
el expedicionario de las Galias.
En un tiempo que no precisamos
se manifiestan y se diluyen
el rapto y el milagro.



¿Quién vió a la Mariposa enamorada
del Unicornio?

IV

La ciudad te anula, te pierde.
El ruido mide tu ausencia.
En el polígono industrial,
el negror asfixiante de chimeneas
insulta tu estatus de policromía.
En un pis pas te pierdes,
pero estás allí
y eres canción de mi canto,
poesía de mis versos;
te advierto en el *omphalos*
del universo.

V

Eléctrico ser de la visión
atónita de Marco Polo,
ser metamorfoseado, cambiante,
paradigma de maravilla.
En la ruta del mercader
el imperio de la seda.
La demanda, las exquisiteces
de Oriente y Occidente,
el fasto de los palacios del mundo,
deslumbrantes atuendos de nobles
y de reyes.
Desmesurado costo. Mariposas,
miles de mariposas que no llegaron a serlo.
Al rey en su paseo lo acompañan
curiosas mariposas, paradójicas mariposas,
bordadas en su túnica de seda.

VI

Mariposas de raudo vuelo
diseminado en la floresta,
y a veces conturbado y leve.
Vuelo narcotizado entre la soledad y la amapola,
silenciosa soledad de volatería.
Soledad promulgada por el seto,
por la brisa,
por los bulbos eclosionados,
por el celeste lumen,
por el olor a madreSelva,
por el susurro de la ribera.
Soledad que besa el rocío, solitaria soledad,
acompañada soledad,
por la hierba,
por la repentina iridiscencia del arco,
por el olor del rosedal,
por el trinar de los pájaros;
soledad egoísta e individual;
primigenia, multitudinaria soledad.

VII

Hay un vuelo extendido con un dulzón
olor a jazmín
que desprenden las *Atropos aquerontia*
y en la selva oscura
siente Dante su *farfalla* de fuego
su femenino eterno,
y Virgilio, aire para su vuelo.
Luego en el empíreo, Beatriz,
farfalla de luz que roza el sagrado fuego,
sostiene al asombrado poeta
que mira tres círculos concéntricos
que se entrecruzan, y son belleza,
sublime canto, amor eterno.

VIII

1492, noches de octubre.

Los conquistadores miraban y analizaban
constelaciones, sextantes y astrolabios,
ahíos de espera, y al rompe, sus ojos
y demás sentidos asaltados por asombros insulares,
y las repentinas apariciones de las *Catonephele numili*,
Heliconius melpómene, las Topacio azul y las
Eumene atala, cuando ni siquiera tenían nombre,
y sólo eran parpadeo, alucinación y colores.
Mucha la abundancia y escasas las palabras.
Y aún, muchos años después,
ante tanto trópico, ante tanta efusiva naturaleza,
nunca los Cronistas de Indias supieron
describir el asediante reflujo de lo innombrable.

IX

¿Quién lo vio, Boccaccio o Petrarca
o fue Homero?
¿Quién vio a la mariposa enamorada del unicornio
o a éste enamorado de la mariposa?
La leyenda no precisa,
pero
otros poetas dicen que fue Orfeo.

X

Mariposa gau-dia-na
la que con la paloma confunde
el niño con la mirada
cuando el mago
pronuncia sus mágicas palabras:
--la tríada--y,
en la naturaleza todo es dual,
trino su manifestación,
que apela al amor.
El vuelo te concede ese altar
que remontan tus alas,
y la inocencia, la misma
que se prodiga en el niño,
da aliento a esas alas.

XI

El caos inexorable del universo
declara su metáfora:
The butterfly effect,
y sus irreversibles leyes entrópicas
dictaminan lo impredecible.
Las mariposas: sus agitadas alas
en el Caribe,
y, sobre Londres: las descargas tormentosas.
El caótico sistema,
cálculos,
inexploradas matemáticas,
los despistes,
el orden oculto, el oculto orden.
Aletea mariposa,
que en el caos está el orden.

XII

Tus alas desean lo más alto, ese,
tu desiderátum.
En las altas cumbres la majestad y el otero.
A tu sitial aspiran los bardos:
a sostener el vuelo y a elevarse
con tus alas, *Parnassius apollo*.
La luz, siempre la luz, fulgúrea mariposa.

XIII

Eres digno ejemplar liliputiense,
Niña pigmea de occidente;
y ustedes *Thysania agrippina* y *Attacus atlas*,
antiguas heráldicas de los más altos ligures.
El esplendor es siempre esplendor
aunque pequeño o grande,
altísimas dignidades.

XIV

Con los troncos secos
se confundían las miméticas polillas,
y en las noches eran danzantes *Pyralis*
alrededor de los faroles que alumbraban la calle.
O eran nubes de estáticas y adheridas ventosas
sobre las luminarias de flúor o de tungsteno.
Ellas, las odiadas por mi madre,
porque a pedacitos se comían la ropa
en los escaparates.

XV

En las Islas del Rosario
las mariposas objetaban
la crudeza de brisa,
y con las alas plegadas,
cerca del acuario,
celebraban la proximidad de los delfines.
Reposadamente o agitadas
admiraban la estatuidad de los corales.
Las islas también eran su reino.

XVI

Como espectáculo en la tarde
bajo los rayos de sol
la *imago*
con sus alas de fulgurante organdí
pródiga en música y colores
reta al concertista de violín.
Y, ella, clausura victoriosa
con solfeos
y una fuga al aire.

XVII

Es crisálida el cuerpo desnudo
y tibio de mujer
cuando se entrega en brazos
de su amante;
es crisálida el aliento
cuando articula palabras;
es crisálida toda fuente de luz
tenue que nos sorprende;
es crisálida el alba
que precede al día,
y el crepúsculo que precede
a la noche; es crisálida
 el odio,
 el amor,
que comienzan;
fue crisálida
 trémula,
 asustadiza,
Sherezade,
una y una y otra
e infinitas noches.

XVIII

A Yasmín Sankar

Sólo a través del vuelo
te presente la oruga, mariposa;
y así esplende el temblor de tus alas
y el color que configura
el espacio que abarcas;
y se enumera tu tiempo,
y es contigo la geografía que circunscriben tus alas,
y desatas milagros
y provocas el Eros
y se forman tormentas
y se acortan distancias;
 entonces de tus alas
a tu vuelo
y de tu vuelo a tu reino:
donde surcas riachuelos,
y susurra el oleaje en la playa
y la canción del viento,
la pradera y su verde,
su entornado misterio,
el colorido y aroma que conceden las rosas,
 la levedad de tu ser; y,
siempre cerca, próxima, donde habita el rebeco,
la cervatilla y la nieve,
el osezno, la selva y su fauna;
y contigo es el amor que te mueve,
el inmediato rumor y el milenarío silencio,
la lumbre del sol,
la insondable tiniebla,

el mito o la historia,
la imagen,
el concepto,
la voz o la letra que escriben y pronuncian tu nombre,
tu encanto,
tu fragilidad o tu fuerza,
la nada,
el universo todo,
que compendia tu esencia,
que te da soporte y que narra tu fábula.



XIX

A Lida Briguetti Morales

La *bolboreta* corta el aire
haciendo cruz con el cuerpo
del caminante.
el peregrino siente así
el olor de santidad
en el Camino de Santiago.
Las *bolboretas* itinerantes
surcan las *Rías Baixas*,
y son minúsculas ante la altura
de los eucaliptos de *Xove*.
Bolboretas, configuráis por un instante
la más bella estampa en San Ciprián,
esplendiendo en el paisaje
con suave vuelo cerca de las barquichuelas
y las gaviotas y la luz de un sol
que en la tarde muere.
Alocadas *bolboretas*, salpicadas
por chispas de agua
de una fuente en Pontevedra,
luego, insaciable de vuelo, se elevan.
bolboretas, bellas, apacibles *bolboretas*.

XX

También le perteneces al agua,
mariposa, a través de tu símil.
--Mariposa pez, pez mariposa--
la naturaleza se repite
en el aire o en el agua.
En los otros elementos
tendrás tu equivalente,
en las entrañas de la tierra
y en el incandescente fuego.
Como símbolo
metáfora
o
ser
transfundes los límites.
¿Dónde está tu balandro,
tu escafandra, dónde?

XXI

Siempre la aparición,
el rapto, la ubicuidad,
el brillo, el color.
Diurnas, crepusculares, nocturnas.
Están en cada pincelada de Matisse,
que es explosión de colores, allí ellas,
síntesis de colorido.
Obnubilante, magnética
mariposa palpitante en la entrepierna
de la *Odalisque au pantalon rouge*;
pariente de las de filigranas de oro,
deífica lluvia, flamíferas mariposas,
que caen penetrando en el sexo de Dánae,
criatura de Klimt.
Tal vez distintas, no obstante, iguales
a las que merodean en el extenso campo
en la representación de Manet
del *Almuerzo campestre*,
que están allí, implícitas, y no se ven.
Y todas ellas, de lazos familiares
con las mariposas soñadas
en la campiña verde por
El poeta tendido
de Chagall.
Qué hay de aquellas metafísicas,
espectrales, angustiadas mariposas,
aguardadas mariposas,
de De Chirico, que nunca llegaron
en *El enigma de la llegada y la tarde*.

Criaturas vistas o no vistas en las telas
de los pintores, pero máxima expresión del arte.
Y muchas son las descritas por narradores
y cantadas por musas de poetas.
Mariposas vanguardistas, alpinas,
surrealistas, estivales, modernistas,
simbolistas, tropicales, del Himalaya.
Mariposas de latitudes distintas.
Mariposas de los campos de bambúes
en los haiku japoneses. Mariposas ateridas,
manchadas y finadas en el desespero
neoyorkino de García Lorca,
y él: "con todo lo que tiene cansancio sordomudo
y mariposa ahogada en el tintero".
Mariposas macondinas, revoloteantes,
amarillas, danzantes mágicas. Ellas testimonian
el ocaso de un mundo
y el principio de un universo.
Seres que de nuestro asombro
son complemento.

XXII

A Tania Maza

Eres vuelo, ingravidez, mansedumbre,
inocencia y colores,
pero no podía faltar la otredad
que te abarque,
tu contramito, tu diametral opuesto,
y encarnas así a la mariposa negra
y grande,
que en el imaginario del pueblo
es mal augurio, fatídico parte,
lo aciago inefable.

Amortajado misterio que juega
la ronda infantil y exige su premio,
su canje:

Estaba la calavera

Sentada en una butaca

Llegó la muerte y le dijo

Señora porque está tan flaca.

Astaba la calavara

Sentede en ene beteque

Lliguí li mirti

O lo dojo

Suñuru purcú ustú tun flucu

Y entre ronda y ronda
se gana una onza.
La sensación inminente de pérdida,
la sugestión, la enfebrecida creencia,
la cuenta y tu saldo,
la mariposa al vuelo,
tu mente al espanto.

XXIII

Su majestad, mariposa, corona de los jardines.
Los continentes del planeta son tus imperios,
y tuyo, de tu color, tu atavío, un innúmero presupuesto.
La anaranjada complacencia de la *Cethosia biblis*;
la geografía contenida en la *Cyrestis thyodamas*;
las proteicas apariciones de la *Araschnia levana*;
la avasallante diurnidad de las Colias;
el esplendoroso y azul ángel caído *Morpho rethenor*;
abdomen rojo y pintas amarillas sobrepuestas
en las negras alas de la *Euschemon rafflesia*;
los colores luminosos y reflectantes de las *Papilio paris*;
la suntuosidad y grandeza de las Alas de ave de la reina Alexandra;
la voluptuosidad de las *Appias nero* -Albatros naranja-;
la gala nocturna de la *Graellsia isabellae*;
la citricidad de las Limoneras;
la menuda presencia y colorido
de la Zigena de Provenza, bello cantar
occitano.
Ustedes, generosas, que con nosotros
comparten su reino. Gracias, gracias, mariposas

XXIV

El vuelo de la falena, su distancia
y su altura, es presentido por ella
en proporción
de su cuerpo...

De los seres del aire, los pájaros, las falenas,
son un elemento más de las leyes dinámicas
que los sostiene.

En el jardín, en la soporífera tarde,
la falena agita la rosa en la que posa
después de su vuelo
y celebran extraño maridaje,
aventuras y requiebros.

XXV

Mariposa morena,
que rociaste en mi cuerpo
un torbellino de doradas escarchas.
Mariposa bella,
danzarina mariposa,
de abigarrados colores,
mariposa celebratriz de la soleada
luz meridiana.
Mariposa festiva,
preferida mariposa de los Orishas,
mariposa originaria de la más grande de las Antillas,
ínsula danzante en el aire.
Mariposa confinada al reino de mis amores
Nymphalis miriam,
mariposa caribe, fulgúrea mariposa.

XXVI

En ti es la abundancia, la variedad,
la multiplicación del ser. Mariposas.
En ellas te he visto, te veo.
Entre los Jardines del Generalife
las vi perderse en la Alhambra;
en Toledo, las tropecé subiendo
al castillo templario de San Servando;
y las vi con desenfadado vuelo
entre unos arbustos una tarde en Pisa.
Abundantes, abundantísimas, las vi en Sevilla,
en distintas partes del Alcázar,
en los naranjeros de callecitas estrechas
y el parque de María Luisa.
Mariposas distintas, diversas,
que se deben a una sola. Mariposas.

XXVII

A Maylen Sossa

En el jardín la fuente de agua
con sus girándulas
ofrendaba al sol iridiscentes espejos,
donde las mariposas sus colores miraban.

XXVIII

La crisálida sueña su imagen
y el soñador la sueña en su vuelo,
y al niño soñado que la atrapa
en su colador mariposero.



Lidia Corcione

XXIX

Las androconias de las mariposas rojas
cuando liberan su olor en el parque
enloquecen febrilmente
la pasión de los amantes.

XXX

En la caza de mariposas,
el niño, aunque quiera,
nunca tiene más
que Tartarín de Tarascón.

XXXI

La mariposa soñó
con felinos —gatos—,
y temerosa levantó su vuelo.

XXXII

Al sacrificio, un tiempo siniestro
al cactus ofrenda
mariposas al vuelo.

XXXIII

Las monarcas,
en las corrientes migratorias,
cristalizan su deseo de fuga.

XXXIV

Cuando el dolor y las lágrimas dejaban su marca en la piel y el flujo de sangre en la herida, madre nos aplicaba finas tiritas de esparadrapo en los extremos de la cortada. Ella le llamaba los puntos mariposas.

El tiempo giraba y siempre era una u otra escena.

A todos nos gustaban sobremanera las bicicletas que en los tornillos de las ruedas traseras tenían tuercas mariposas, las que facilitaban siempre que los amigos se subieran y, parados, se sujetaran en las alas niqueladas.

Era un tiempo en que nuestros cuerpos se sudaban y se tostaban plenos al sol. Un tiempo de libertad y de sueño; y en invierno la lluvia era una fiesta.

Con resaca, los años nos arrojaron a otras orillas. El tiempo dolía; florecieron otras realidades, otros juegos. La mayoría de los amigos con gestos graves arrojaban volutas de humo al aire, y entre copas visitaban mariposas nocturnas. Seres vertebrados con alas que cambiaban placer por dinero. Y atrás, en la distancia, quedaba la inocencia y un tiempo de ternura.

Aún así, la verdura del campo sigue siendo placentera y los jardines entregan sus flores para embriaguez de las espiritrompas de las mariposas, para que en cada primavera las Divas divanas nos confíen su entrañable e íntimo secreto; para que por breves instantes, ellas, dadoras de lo absoluto, nos pertenezcan, y en imaginarias espirales nos describan su vuelo.

XXXV

En el poliedro, María también concitaba mariposas, aquellas que con su aletear se reflejaban en el estanque. Le hacían guiños a los peces y proyectaban sobre ellos rotundas sombras, aunque fugaces. Los peces se figuraban eclipses ocasionales. Los colores iluminados se esparcían en ondas con melodías particulares, y en el agua la acústica era más densa, más espesa que en el aire.

Los pececillos danzaban. El poliedro tenía su tiempo distinto y sus espacios, y allí con ellos, la sustantiva historia, hecha de pequeñas y grandes historias.

Historias de ternuras y proezas.

Desde el patio hasta Cartagena completa, cualquier ciudad del mundo, las regiones del sueño, desconocidas galaxias, todo para María era espacio del poliedro. Las mariposas, los peces, los árboles, la lluvia, el viento, la provocación a los sentidos: los elementos de la fábulas; el qué, el cómo, el cuándo, el dónde: la síntesis; el entramado de las situaciones: una cinta de cinema. Aún quedaba algo, lo no explicado, las anheladas respuestas, las inmensas razones y sentidos que encierran las sagradas geometrías. Respuestas y razones que apenas intuye el poeta, que nunca se revelan en el espejo de la cisterna. El bufido en la pradera, el chillido en la espesura de la selva, el gorjeo en la copa de los árboles, nos alertan de una profunda presencia.

Así la voz perdida y confusa del hombre..., el abismo..., la trágica conciencia, y María, complaciente contempla la vida fugaz de la mariposa, el salto al umbral..., la vida, el amor, la arrolladora esencia.

La tribu, la polis, extraviaron su asamblea de sabios.
¡Cuánta confusión!
Tal vez también María contemple a quien con regocijo
interior por un momento percibe la luz,
cuando absorto mira el vuelo leve de las mariposas.

XXXVII

Quién pidió para ti
el oro que repites
tu fragilidad
y la rama en la que estás
que el viento mueve

Quién
quién te ofrendó ese tesoro.

XXXVIII

Tu morfología era boca

Allí

punto y órgano en el rostro de Jodie Foster

—*In voluptas mors*—

Mujeres silenciadas y dispuestas como corderos

Voluptuosa heptada

Tú y ellas

Desnudas todas

Y Dalí fraguaba la escena.

XXXIX

La Esfinge colibrí
encuentra su néctar en la flor

ella.

abierta
dispensatoria para



Lidia Corcione

XL

Liba esa esencia
y emigra
y sé vuelo
Pero que siempre persista
en tu memoria
tu origen en la oruga
—*Calliteara pudibunda*—

LXI

Esas frágiles escamas
que dispones en tus alas
Ese color
ese efímero universo que te envuelve
Esa
 tu voluptuosa forma
Dime mariposa
 quién narra tu fábula.

La impresión de este libro se realizó en papel bond blanco 90 grs. para páginas interiores y propalcote de 280 grs para la portada con plastificado mate. Con un tiraje de 200 ejemplares. El libro *El leve vuelo de las mariposas* del autor René Arrieta Pérez, hace parte de la tercera convocatoria para la publicación de libros de la colección de investigación Gabriel García Márquez. El diseño y diagramación se realizó en Alpha Editores y se terminó de imprimir en el año 2016, en la empresa Alpha Editores, en la ciudad de Cartagena de Indias, Colombia.

El leve vuelo de las mariposas, de René Arrieta, celebra la tensión de una palabra que persigue sus propias fronteras, que busca la apertura sensorial como puente hacia un posible absoluto -suerte de cotidiana alquimia o de biológico misticismo-, sin desdeñar lo carnal y cotidiano, lo prosaico y oscuro del oficio de vivir, mas bien acogéndolo con asombro y elemental alegría. He aquí cuarenta y un poemas que, como fractales, se ramifican y duplican, reiterándose y oponiéndose, desbordándose hacia un interior que se encuentra en el mundo externo de las formas y cuyo símbolo propiciatorio es la mariposa cantada en otras tardes por Petrarca, Tansillo y Tasso, por Gutierre de Cetina y Lorca. O por Nabokov en su lecho de muerte

Emiro Santos García



Universidad de
Cartagena
Fundada en 1827



ISBN: 978-958-8736-88-4



9 789588 736884